

# SENTENCIAS SOBRE EL ENTE Y LA GENERACIÓN EN EL ESPÍRITU DE LA FILOSOFÍA PLATÓNICA\*

Jorge Oscar Velásquez  
Universidad de Chile

**RF** 1. Puesto que las formas o ideas (tà eidē) son el bien manifestado en la multiforme variedad de lo que es esencialmente, la verdad pervive en ellas, por eso mismo, de modo esencial. Este bien multiforme (las ideas, en efecto, expresan diversificadamente la unidad del todo ideal), no es el Bien en cuanto tal (tågathón), el que no es ni manifestado, ni multiforme, ni esencial. Las formas son el ser esencial e inteligible: realizando adecuadamente la perfección de su esencia, son en plenitud. La esencia (ousía), en efecto, es a modo de idea, es decir, la esencia es idealmente y la idea o forma, esencialmente, hasta el punto de ser esencia ideal e idea esencial. La esencia es, asimismo, inteligible (noētḗ), pues el ser (eínai) de la esencia es la idea, siendo lo inteligible el modo primordial del ser de la esencia. En cuanto realidad ideal, el ser de la esencia es *idéntico a sí mismo* (autò ho éstin), es decir, *por sí o en sí y no por o en otro* (Cra. 389b5; Rep. 490b3, 597c3).

2. Ente es relación de la esencia y de la idea, de modo que ente dice tanto 'ser' como 'inteligibilidad', o más bien, dice 'ser inteligible' (noētón ón). Y en esto consiste la verdad (alétheia) del ente, el que, por ser inteligible, es verdadero. Entiendo por *relación* la *recíproca participación* (koinōnía) de la esencia y la forma, su entrelazamiento (symplokē) inteligible y ontológico.

\*Nota preliminar. Las referencias a palabras y frases griegas de Platón no intentan, en modo alguno, ser una interpretación de los textos en los que ellas están insertas, sino que estas mismas han sido aquí deliberadamente abstraídas de su contexto y forzadas, de cierto modo, a conformarse a la dimensión de mi propio discurso. Quiero, por otra parte, expresar mi reconocimiento al Profesor Juan de Dios Vial Larraín, quien analizó paciente y críticamente el manuscrito, con muy valiosos comentarios. Agradezco igualmente al Profesor Antonio Arbea Gavilán. Los textos de Platón son los siguientes: (Cra. = *Cratilo*, Rep. = *República*, Fdr. = *Fedro*, Par. = *Parménides*, Tim. = *Timeo*, Sof. = *Sofista*, Ley. = *Leyes*.

“Relación” expresa, por consiguiente, la simple tendencia de lo inteligible a ser, y de lo entitativo, a ser inteligible; y siendo racionalmente distinguible la forma de la esencia, así también lo es de ambas la relación que las entrelaza. Esta recíproca participación, sin embargo, nada establece ni superimpone, sino que dice —acerca de lo ya establecido, a saber, la esencia y la forma— que una y otra son, para cada cual, término natural inteligible y ontológico, sin el cual nada puede ser llamado realidad. Lo inteligible es fundamentalmente forma, lo ontológico, esencia. Pero puesto que subsisten en recíproca e insoluble unidad, su mutua participación no es unilateral sino recíproca. A este estado de recíproca unidad participativa llamamos *ente*.

3. La verdad se establece como dualidad expresada en la unidad esencial del ente. Porque ente es dualidad en cuanto a los términos de su relación (ousía y eídos), pero unidad consubstancial en cuanto a la relación misma que lo hace uno. El ente, sin embargo, no es bueno sino en la medida que el Bien se manifiesta en él como inteligibilidad. La bondad del ente es así su ser inteligible, es decir, la verdad del ente es manifestación del Bien. Participa, por consiguiente, del Bien, inteligiblemente. Decir que el ente es esencialmente bueno, es afirmar, además, que no es el Bien en cuanto tal.

4. Ente es siendo *por sí* (kat'hautó), es decir, substancialmente: el ente, que es idea y esencia, es el *ser realmente real* (óntōs ón). El ente es así lo perfecto, pues todo el ser de la esencia es en él forma en plenitud.

5. La realidad (ousía) del ente es designada por su ser (eínai), de modo que decir *ente* es decir *ser realmente*. Ser y existir son lo mismo en el ente (ón), pues *eínai* es *ser* y *existir*. Pero el existir se disuelve en el ser cuando del ente se trata, si ente es, antes que nada, realidad realmente realizándose. No hay ambivalencia en *eínai*, si estimamos que las formas esenciales *son*, y las cosas participadas *existen*. Hay, por consiguiente, un existir cuya “esencia” no dice relación a una idea, y no es por tanto ni esencia, ni idea, ni ente: la existencia de lo no substancial es “generación” (génesis). Esencia es al ente como generación a lo generado (tò gignómenon). Ser incluye al existir, no *vice versa*. Lo que en la esencia es ser y existir (eínai), en la generación es sólo existencia. Porque generación es más bien el existir de la imagen (eikón), y la relación de la generación a la imagen designa lo generado. El mismo verbo (eínai) es ser y existir en lo que respecta a la esencia, y sólo existencia en cuanto a la generación. Sólo *es* (ésti), lo que es *por sí*; sólo existe, lo que es *por otro*; y este es el único ser que generación puede connotar. Es dable, con todo, decir análogamente de *génesis* que *es* (ésti), en cuanto existe como relación a la

imagen, que es por naturaleza *por otro* (*hyp'aitíou tinós*, Tim. 28a). Si alguien desea, sin embargo, insistir en designar las esencias como existentes, que así las designe, sin olvidar además de afirmar que sólo lo esencial existe substancialmente, mientras que lo generado existe no substancialmente. Existe, en consecuencia, la generación, a modo de imagen que engendra sólo creencia (*pístis*) y opinión verdadera (*dóxa alēthē*), pues sólo la verdad se nutre de lo entitativo, que es lo único verdaderamente inteligible.

6. Debido a que lo inteligible (*tò noētón*) es el modo en que la bondad se hace presente a la idea, ésta puede, por un acto de bondad inteligible, condicionar en lo generado una cierta inteligibilidad (*noûs*). Inteligibilidad o entendimiento, es el estado constante de la forma (*eîdos*) que se comporta (*ékhon*) conforme a sí misma (*katà taútá*, Tim. 52a). Inteligibilidad es, consecuentemente, la forma en situación de relación constante y firme con su ser propio, que es su esencia (pues eso es esencia: “propiedad”); y la inteligencia (*noésis*) es capaz de contemplarla. Lo que es opinión a generación, eso inteligibilidad a esencia. Sólo las formas, cuyo ser es la esencia, son entendidas (*eidē nooúmena mónon*, Tim. 51d).

7. Si bien lo inteligible es bondad en la idea, la presencia de lo bueno inteligible, que es el bien manifestado cual relación de forma y esencia, es sólo opinión verdadera en la generación, expresión de una inteligibilidad compatible con la imagen (*eikôn*). Inteligibilidad en lo generado es opinión verdadera; o dicho de otro modo, la verdad de la imagen es opinión y creencia verdaderas.

8. Todo orden expresa un principio inteligible. Orden (*táxis*) en el ente es en especial la forma. Pero no hay forma sin esencia ni esencia sin forma, pues *lo que es realmente* (*tò óntōs ón*) está en la relación que las entrelaza. Orden, entonces, es la expresión primera de la inteligibilidad del ente. Todo ente es ordenado, en cuanto comporta la estable relación de lo esencial y lo formal. Orden en lo creado, que es lo generado, es en especial la imagen, que es lo “inteligible” en lo generado, cual *objeto de opinión* (*doxastón*, Tim. 28a). Pero no hay imagen sin generación ni generación sin imagen, pues la realidad de lo fenoménico, que es la apariencia (*tà phainómena*, Rep. 596e4), se sustenta en la más o menos fluctuante recíproca participación de ambas. La imagen, que es orden en lo creado, es fundamento de estabilidad en la existencia de lo generado: la imagen es forma en el mundo.

9. En la economía de la creación, la intención artesana se da en lo perfecto como enmienda de lo insatisfactorio. Artesanía consiste en poner orden en

aquello que carece de él pero es capaz de recibirlo. Todo lo que existe es capaz de orden, pero incapaz de dárselo a sí mismo si no posee entendimiento (noûs). Hay una realidad en estado de desorden, carente de artesanía y configuración. Una actividad artesana, que opera en la generación, pone orden poniendo idea. Y la idea es principio de inteligibilidad en la esencia, sólo en la relación de la esencia; pero el producto de esta artesanía ideal es imagen impregnada en la generación. La generación que recibe imagen resulta por eso ordenada y con un grado de entendimiento compatible con su realidad.

10. El orden inteligible compatible con lo generado es alma del mundo (psychê tou pantós). La idea que hace un mundo (poner orden es, en este contexto, crear), es aquello *desde donde lo generado es imitado y producido* (tò hóthen aphomoioúmenon phýetai tò gignómenon, Tim. 50c). Alma del mundo es lo generado como *estructura* viviente (hē tou kósmou sýstasis, Tim. 32c, 48a). La intención de enmienda de lo insatisfactorio, que en lo perfecto ideal conduce a la creación, no se expresa sino en relación de aquello que existe *en forma irregular* (anómalos, Tim. 52c) y en estado de caos.

11. Dado que lo inteligible es manifestación entitativa del Bien, la *criatura inteligible* (to noêtón zōon), que es el ente ideal, concibe la intención de mejorar lo insatisfactorio. Cada idea es a otra y a su conjunto, transparente en la participación común del Bien y distinta en la modalidad de participación de ese mismo Bien: son unas a otras iguales y diferentes (tó te taútón kai tháteron, Sof. 254a), por la misma causa originaria, estructurando así, una criatura viviente unitaria y diversificadamente inteligible.

12. La criatura inteligible es el conjunto del entrelazamiento ordenado de las ideas. *Más allá de la esencia* (epékeina tês ousías, Rep. 509b), es el Bien, que no tiene, por tanto entidad, no por carencia sino por superabundancia. De él se puede decir que es y existe (ésti) en cuanto supera, por eminencia, ser, esencia, inteligencia. Se puede decir, asimismo, que son y existen las cosas sujetas a la generación, en cuanto participan (metékhein) de la única *realidad que verdaderamente es* (ousía óntōs oûsa, Fdr. 247c). Ente media entre el Bien y la generación, como la palabra (lógos), la que es portadora del ente, puede expresar convenientemente todo lo que cae bajo el ámbito de éste.

13. El ente, que es real manifestación entitativa (óntōs ón) del principio originario del todo (tò agathón), produce (poieî) y construye (apergázetai) un universo, con la artesanía que enmienda el estado irregular e insatisfacto-

rio de lo no sujeto a inteligibilidad, es decir, *lo generado forzosamente sujeto* (tâ di'anágkês gignómena, Tim. 47e). El ente entrega bien, inteligiblemente. Y el resultado de esta entrega inteligente es creación (kósmos), vale decir, generación en estado de semejanza (homoiótēs, Fdr. 262a) con la idea. La inteligibilidad bondadosa, en situación de reconocer a lo que existe en *estado de desorden* (atáktōs), es intención de producción artesana: *quiso que en lo posible se generase todo parecido a sí mismo* (pánta hó ti málista genésthai ebouléthē paraplésia heautôî, Tim. 29e).

14. Ente, así, significa propósito de ordenamiento inteligible (“y cuando intentaba ordenar el universo”, Tim. 53b), en cuanto el ente persevera en su deseo (ebouléthē) de perfeccionar lo imperfecto. Algo en el ente desea perfeccionar lo imperfecto. Sin embargo, ente que desea no es diferente del ente mismo, sino que ente que desea significa aquí lo siguiente: que el ente manifiesta la inteligibilidad del Bien y la bondad de lo inteligible. Ente, en consecuencia, es inteligible y bondadoso: por eso que la bondad inteligible del ente puede ser bella, y principio de una actividad artística. *Tò agathón* puede ser *tò kalón*, en cuanto belleza se conforma a la delimitación inteligible de la idea: pues belleza es, antes que nada, forma inteligible.

15. El deseo de difundir el bien es la expresión del bien que existe en el ente (se dice que existe, pues no es el Bien). Desea, por tanto, el ente; pero no la satisfacción de sí mismo, pues lo perfecto es invariable en la posesión de su perfección, y su intención de permanecer en sí no puede ser propiamente llamada deseo, sino que es, sin nombre, la simple coherente permanencia de su ser entitativo. Lo que el ente desea es, por así decirlo, remediar lo irregular e insatisfactorio: y este ente que desea es el ente demiúrgico, el *artesano* (hò dēmiourgós) del mundo universo (tò pân). Pervive en el artesano un mundo, como en la esencia una existencia.

16. El ente, entonces, relación de esencia y forma, se desdobra en demiúrgico e intelectual. El modo demiúrgico colma la esencia de energía creadora y la forma de consistencia artística y paradigmática. El aspecto intelectual del ente impregna, a su vez, la esencia de verdad y la forma de inteligibilidad. En términos generales, el ente intelectual es *modelo* (parádeigma), y el ente demiúrgico, *artesano* (dēmiourgós). Ente, por consiguiente, abarca en su significación las ideas, la criatura viviente inteligible, el modelo, el Dios demiurgo. Formas, criatura y modelo son, bajo diversos respectos, sinónimos: y el Dios comparte con aquéllos una organizada unidad racional: porque lo real entitativo es a modo de substancia intelectual.

17. Orden es en el ente tanto expresión de lo inteligible como de lo esencial, plena (plekoménē, Parm. 130e) como está la esencia de inteligencia y la idea de consistencia ontológica, es decir, esencial. Y no estando separadas (kekhōrisménai) en el ente, ni esencia ni forma, es preciso, con todo, decir que orden dice relación, en primer lugar, a lo formal e inteligible. Creación del mundo es el advenimiento del orden a lo generado, mediante el ente intelectual y el ente demiúrgico, que conforman una realidad inuisible y auto-suficiente.

18. Mundo en estado de orden es cosmos. Crear es ordenar (eis táxin autò égagen ek tês ataxías, Tim. 30a); ordenar es poner inteligencia. Ordenar al mundo es poner inteligencia en el mundo. La idea no penetra el mundo, pues no entra ni sale, sino tan sólo permanece en sí misma (katà taùta kai hōsaútōs ékhon). La idea, entonces, se hace presente al mundo por imitación (mímēsis). Pero lo generado en previo estado de caos es incapaz de imitar, careciendo de inteligencia. Un mundo se crea cuando un alma dotada de entendimiento anima el universo. Habita, en efecto, en el alma del mundo una facultad intelectual (noûn mèn en psykhêi, Tim. 30b), *piloto del alma* (psykhês kybernētēs, Fdr. 247c) que es suprema presencia (parousía) de la idea en el mundo, capaz de imitar aquello a cuya semejanza fue creada. Y el universo puede imitar, porque a su vez es el resultado de la imitación por la que se realizó el acto de artesanía que creó el mundo. El ente no se imita a sí mismo: el acto artístico que crea un mundo, se origina en un sujeto de *voluntad operativa* (poiētēs) e *inteligencia creadora* (dēmiourgós).

19. Lo operativo y creador están en el ente, no así el material ni el producto. El ente imita a fin de crear: su actividad artística (poiēsis) es acción transitiva. Inteligencia creadora, voluntad operativa, paradigma, material y producto forman la secuencia de la creación. Y más allá del universo del ente y el devenir (i.e. lo generado), dos básicos agentes dominan, a su modo, la totalidad de los mundos sensible e inteligible: el Bien supraesencial, que conduce todas las cosas al orden, y la forzosidad (que otros llaman *necesidad*), motivadora del desorden.

20. Orden en el ente, es adecuación de la esencia a la forma; orden en el mundo es adecuación de la generación a la forma. Si imagen es forma en el mundo, orden mundano es, más específicamente, adecuación de generación a imagen. Esta adecuación, en cuanto es *combinación analógica* del todo (anà lōgon meristheisa kai syndetheisa, Tim. 37a), es alma del mundo, es decir, este cosmos inteligente. La adecuación constante de la relación entre genera-

ción e imagen, realizada en el tiempo, es la perpetua imitación que el mundo realiza de su modelo (eikō kinētón tina aiōnos, Tim. 37d), y el resultado del esfuerzo persuasivo (tò peíthein, Tim. 48a) de la inteligencia. Porque el mundo imita, con lo inteligible que hay en él, lo inteligible en el ente.

21. Lo extenso existe en la generación, como expresión geométrica de la total inextensión del ente. Pero *antes* de la generación, *existía* lo insatisfactorio a modo de extensión errática. Aunque el motivo (aitía) de la creación está en la bondad inteligible del ente, hay un otro motivo que es llamado *errante* (tò eídos tês aitías planōménēs, Tim. 48a). Dos causas (aitíai), por tanto, motivan el surgimiento de lo generado: el factor inteligible (noûs), y el factor errante o forzosidad (anághkē).

22. Para los efectos del proceso de la creación, *noûs* es la *forma inteligible del paradigma* (paradeigmatos eídos noētón) y *anághkē*, la *forma de la causa errante*. Generación procede de la combinación de forzosidad e inteligibilidad (ex anághkēs te kai noû systáseōs, Tim. 48a). Así como el *noûs* de la forma no está en la generación sino a modo de imagen, *anághkē* no se presenta en generación sino a modo de *ámbito espacial* (khóra) de lo extenso. “Debido a *anághkē*” (di’anághkēs), existe algo extenso cual receptáculo (hypodoché) de toda la creación. *Anághkē* es causa, en cuanto condiciona la acción de la causa principal, que es *noûs*. Y *noûs*, en efecto, deviene imagen, y *anághkē*, a su vez, extensión, en lo generado. Aquello que existía como causa errante ya no existe, desde que el receptáculo, librado a lo forzoso (anághkē), se rindiera a la *sabia persuasión* del ente. Lo que existe o existía no cuenta en definitiva en el proceso de la creación, sino a la luz de lo inteligible, que envuelve el existir en el ser: el existir es el fenómeno del ser.

23. Lo generado no puede existir sin *fundamento* (hédra: cf. Rep. 516b): por eso *ex-iste*. Y así, lo generado es el “vástago” (ékgonos), aquello en que se genera, la “madre” (mētēr), y aquello desde donde surge conformado lo generado, el “padre” (patēr). Por causa de este fundamento, es forzoso que todo ente (ón) sea (eînai) en algún lugar, y ocupe un ámbito (khóra); y que lo que no está ni en la tierra ni en el cielo sea nada.

24. “Ente” en lo extenso es el mundo. Si se intenta abstraer de la generación la *base* (hédra) aquella, que a modo de recipiente (hypodoché) sustenta el todo, se verá que es apenas creíble (mógis pistón). Porque este ámbito es límite de lo creado, cual alcance liminar de la bondad que se difunde en creación. El recipiente de la generación es el umbral de lo insatisfactorio.

Desemejanza máxima, marca los límites del máximo alcance de lo inteligible difundido en lo extenso, y el límite, a su vez, de la máxima capacidad de lo errante de comportar “señales” (ikhñē) de inteligibilidad.

25. La región esta de la desemejanza límite, no depende del artesano, pero su “acción persuasiva” logra ordenar lo que en ella se cobija irregularmente y en forma anómala (anomálōs), irracional (alógōs) y sin medida (amétrōs). Lo extenso se mueve por necesidad; lo desemejante vaga en desorden; lo inteligible “persuade” a lo desemejante, asimilándolo al orden del círculo. Lo inteligible, abarcando lo extenso, transforma en circular la masa toda del mundo, tanto en su dimensión astronómica como elemental. El mundo, hecho estructura circular, es la creación, el cosmos, lo generado; la inteligencia habita en él gracias al círculo; y el transcurrir de esa vida que le adviene con el orden inteligente, es tiempo. El círculo es tiempo en el mundo, el trazado más económico de lo recurrente, y por tanto, el mejor desplazamiento que existe después de aquello que, por ser perfecto, no precisa moverse. La creación no destruye la *anáγκē*, sino que la encauza: desde que el artesano da orden al mundo, todo se mueve en él, en último término, por causa del Bien.

26. Lo extenso es llamado material, porque no cabe a su condición sino el manifestarse concreto. “Dimensión” quizá sea el nombre del material extenso que el hacedor conforma. Tal dimensión viene significada por el receptáculo, que sostiene en su ámbito la extensión total de lo que se difunde generado. Pero la *anáγκē* no es lo material, sino que debido a que *anáγκē* existe, existe lo extenso. Dimensión es, en efecto, una suerte de carencia a modo de absoluta alteridad, la que antes de caer en la nada se *cuelga* de la esencia, cual disimilitud completa de aquello que es completamente semejante a sí mismo; apenas cobertura, realidad fantasmal (phántasma), en los confines de lo otro (en hetērōi tini gígnesthai, Tim. 52c).

27. Si existe generación, existe también este “espacio perpetuo” (tò tēs khōras aeí, Tim. 52b), *en el que* toda generación tiene lugar, cual, realidad subyacente a toda creación. Dimensión, extensión, espacio, receptáculo de la generación dicen la misma realidad inaprensible y *bastarda* (nóthos, 52b), reverso de la trama de un mundo provisto ahora de límite y figura. ¿Existía, acaso, una extensión primordial *anterior* a todo orden cósmico, en su entera dimensión corporal? ¿O debe postularse, más bien, cual abstracta realidad, “insomne” (áypnon), “verdaderamente subyacente” (alēthōs hypárkhousan, Tim. 52b), tan apenas realidad “que ni siquiera le pertenece a ella misma eso



en razón de lo que fue generada”? ¿Materia prima, entonces, “inteligible”, ámbito previo de manifestación de todo lo que surge generado? La extensión cósmica existe al menos ahora en lo generado, conformada a las formas y a los números (prôton dieskhêmatisato eïdesi te kaï arithmoïs, Tim. 53b). Así es como cada idea existe en lo generado, en multitud.

28. Siendo lo inteligible bondad en el ser ideal, voluntad inteligente eterna es Dios. Bien inteligible dice “Dios”, y la cualidad de lo que se comporta siempre adecuado al bien y al entendimiento es divino (theïon). Aquello que desea y entiende, adecuadamente y opera en la realidad viviente intelectual que es el ente eterno, es Dios. Procede, pues, Dios a reparar lo que se comportaba de otro modo (ex oukh hoútôs ekhóntôn).

29. Artesano del mundo es Dios, cual agente de la condición de voluntad inteligente del ente. El artesano es el ente demiúrgico, que opera con el ente intelectual. Dios colma así la esencia de energía creadora y la idea de consistencia paradigmática, impregnado como está él mismo de la verdad y formalidad del ser. La creación es imposible sin Dios, pues sólo la divinidad es, en el ente, voluntarioso propósito de eterna conversión y mejoría de lo necesariamente sujeto a dimensión.

30. Junto al Dios artesano, pueblan también el mundo del ente las formas divinas, configurando la estructura del modelo ideal. Las formas no son *dioses*, si es sólo propio de un dios el propósito eternamente inteligible que lo establece como persona. Pero en cuanto viven las ideas la vida del entendimiento, puede ser llamadas dioses inteligibles y conformar con el demiurgo la “criatura viviente inteligible” (tò noêtòn zôon). Una, en efecto, es la vida de la esencia, y otra la vida de la existencia; una la vida de la eternidad, otra la del tiempo.

31. A imitación de la realidad inteligible, el mundo es unidad en el alma del todo, “dios generado” cual “imagen sagrada” (gegônós ágalma), templo de los dioses eternos (tôn aidíon theôn, Tim. 37c). Como las ideas a las imágenes, así los dioses inteligibles a los dioses sensibles manifestados en los astros. “Todo está impregnado de dioses” (theôn eïnai plérē pánta, Ley. 899b). Dios es inmanente a los dioses, pero trascendente al mundo. Bondad inteligible, *poeta* (poiētés), es Dios, ya que trabaja con el *lógos*, y *padre* (patér), pues engendra un mundo: hallarlo es ya laborioso, y habiéndolo hallado, imposible de “hablarlo” (légein) a todos (Tim. 28c). Labor es ya para un entendimiento encauzar la imagen en la dimensión inteligible de las formas, donde

mora el Dios, y restablecer en el tiempo el proceso inverso que conduce de la imagen a la idea. Quien, por consiguiente, avanza de la penumbra de lo extenso a la plenitud de lo inteligible, repara con la verdad el poder seductor de la imagen. Restaurar la generación en la forma es tarea de filosofía. ¿Qué sería del entendimiento si le faltase aquello que lo ilumina, y de la imagen, si aquello por lo que existe?